

Hacia la patria más profunda

Por Antonio APARICIO

(En el Rep. Amer.)

París 3 de Enero de 1952

Señor

Joaquín García Monge
Repertorio Americano
San José, Costa Rica.

Distinguido maestro:

Me permito poner en sus manos un artículo sobre la muerte del ilustre demócrata guatemalteco Licenciado Enrique Muñoz Meany, acaecida en esta ciudad el día 22 de diciembre del año 1951.

Me unió una honda amistad con este gran luchador a través de la cual pude conocer en él, además del diplomático y del político nada común, a un espíritu de excepcional dignidad intelectual, as-

pecto este de su personalidad del que buenas pruebas quedan en su obra *El hombre y la Encrucijada*, tan lleno de noble inquietud por el presente y el porvenir de América.

Como tantísimos otros españoles, yo también me siento en deuda con el ilustre guatemalteco que desaparece.

Reciba usted, admirado García Monge, la expresión de mi mayor respeto y estimación.

Muy atentamente suyo,

Antonio APARICIO

12, rue de Pierre Mille,
París XV.



Enrique Muñoz Meany

Los últimos días del año que pasó fueron los últimos de vida para Enrique Muñoz Meany. Murió en la Francia que él amaba e idealizaba, un día de invierno crudo y oscuro, ya a la puerta de unas pasadas que habían de ser tristes para todos los que fuimos sus amigos. La noticia corrió de un extremo a otro de París y nadie quería en los primeros momentos someterse a ella, darle crédito. Pero al salir a la superficie en la estación Courcelles del metro, se veía, en el balcón de la casa que fué suya, la bandera de Guatemala a media asta, batida por el viento frío, mojada de sucia lluvia invernal. Y no se podía ya buscar refugio en la incredulidad para rechazar la noticia. La sonrisa de Enrique Muñoz Meany había cesado para siempre, su bondad había pasado a ser un recuerdo en algunos corazones leales. Había muerto el amigo verdadero, el insustituible. La prensa de París habló de él recordando al ministro plenipotenciario ante Francia, al Presidente de la delegación de su país ante las Naciones Unidas, al gran oficial de la Legión de Honor. ¿Fué realmente esa su vida? Yo sólo había visto en él algo muy distinto: un hombre cuyos actos y cuyas palabras fueron siempre el claro reflejo de la verdad más pura. Y ahora, repentinamente, me parecía verlo subir una suave co-

duda alguna su obra no ocupa mucho espacio, si se juzga la grandeza por la extensión. Pero del *fárrago hugoliano* no queda gran cosa. En cambio todo perdura de la obra de Nerval o de Rimbaud.

No quiero terminar este homenaje sin hacer sentir mi deseo de comprensión y de estímulo entre la Francia y los países de Latino América. Los franceses de hoy ya no debemos creer que por haber ejercido nuestra Literatura una gran influencia sobre la Literatura hispano-americana, no tenemos nada que aprender de los americanos. La Francia es un viejo pueblo que conserva aún juventud y energías, pero ella ha perdido bastante de su espontaneidad de pensamiento, de su ímpetu inicial. En cambio América es toda vida desbordante, y si es verdad que ésta ha aprendido algo de Francia, nosotros ganaremos mucho con el estudio que emprendamos de la Literatura moderna y de vanguardia creada en Hispano América.

lina distante, volver los ojos hacia atrás, sonreír por última vez, despedirse con aquella mano suya siempre cariñosa y descender despacio hacia el otro lado de la colina, hacia el invisible, hacia la muerte, la patria más profunda al decir de Luis Cernuda.

Durante los primeros días que siguieron al de su muerte, no pude pensar ni recordar nada, hundido en el foso de la tristeza, aquel donde no puede haber calma ni equilibrio. Pero cuando el día 27 de diciembre el órgano de Saint Philippe du Roule empezó a invadir las naves de la iglesia y a hablarle de Enrique Muñoz Meany a los altares enlutados, a las capillas de luz vacilante y a las figuras del "Descendimiento de la Cruz" pintadas por Chaseriau, volví a sentir a mi lado al amigo perdido. Como Fuchik, el héroe checoslovaco, Muñoz Meany no aceptaría asociar su espíritu al ceremonial de la muerte. Cerré los ojos para no ver al mitrado de hábitos rojos que gesticulaba y rezaba, a los sacerdotes que iban y venían de un lado para otro; para no ver la gran cruz negra, las múltiples luces temblorosas, los paños mortuorios que inscribían sobre los muros dieciochescos las iniciales del amigo que se iba. Todo lo que estaba allí —iglesia, clero, nada tenía que ver con el espíritu del cuerpo que había muerto. Beethoven cantaba en el órgano su *Kyrie eleison*, de un júbilo dulce y melancólico a la vez, y yo imaginé entre las voces del coro la de Enrique que nos decía a todos con las mismas palabras de Fuchik: "No coloquéis sobre mi tumba un ángel de tristeza". Mozart había subido también al órgano y desde aquella altura bajaban notas de una armonía tan diáfana, tan cristalina, que había luz y alegría grave en la plata de cada sonido. "Que la tristeza jamás se una a mi nombre. Si pensáis que las lágrimas pueden borrar el triste torbellino de la pena, llorad un poco. Pero no sintáis pena". Así había hablado Fuchik y así me parecía oír decir ahora a Enrique. La ceremonia seguía su curso haciendo levantarse y sentarse una y cien veces a los asistentes, y finalmente los sacerdotes dieron una última vuelta en torno al féretro y desaparecieron hacia la oclusa sacristía. Fuera, una banda militar y un destacamento de soldados de Francia rendían también su último homenaje. Trinaban las cornetas lúgubramente pero yo sabía que ya Enrique Muñoz Meany no esta-

ba, no podía estar allí, actor del espectáculo mortuario. Pasaban los autobuses llenos con el público de la mañana de la gran ciudad, los taxis veloces, las bicicletas del francés agrio, y los balcones de la ancha plaza de Saint Philippe se abrían para dar sitio a quienes querían contemplar la escena. Cuando pude alejarme sentí que Enrique me acompañaba. Dulce paseo último a través de París. Las calles y el cielo estaban lavados por la lluvia, el aire era transparente. Habíamos llegado a la Magdalena y estábamos delante de unos quioscos de flores.

—Mire, Antonio, esas rosas. En Guatemala...

¡El paisaje, los hombres, el porvenir de Guatemala! Era su tema preferido. Había colocado en su sala de trabajo unos mapas antiguos de sus tierras americanas pero para hablar de ellas no miraba hacia los mapas sino que parecía mirar hacia dentro de sí, hacia el rincón entrañable donde las llevaba.

—En Guatemala...

¡Qué poco se había podido hacer todavía en Guatemala! ¡Qué vasta obra quedaba por hacer! ¡Si Jacobo tuviera suerte podría hacer mucho, mucho! Habíamos bajado por la *rue Royale*, habíamos atravesado la Plaza de la Concordia y subíamos ahora lentamente por los Campos Elíseos, teniendo en frente, a lo lejos, el Arco del Triunfo. Y entonces, como varios meses antes al recorrer el castillo de Chantilly, era otro tema predilecto de su alma el que surgía: Francia, la bella, la eterna Francia. Para Enrique Muñoz Meany esa belleza y esa eternidad de Francia no había sufrido jamás mella alguna, ningún eclipse. Oyéndole a él era otra Francia la que aparecía ante los ojos y yo me sentía avergonzado de lo mezquino de mi admiración, de mi reserva peninsular a cantar unas glorias que yo no veía inmarchitables. Alguna vez habíamos atravesado la ciudad cruzando por plazas y bulevares invadidos por la multitud revolucionaria, *le peuple*, en la que estallaba el viejo grito de *¡Vive la liberté!* y la vieja Marsellesa nunca envejecida, y Enrique sonreía entonces como un ángel humano que contemplara la extensión infinita de la hermosura. A veces, en algunos actos donde era invitado a hablar, cuando la